

EL HELENISMO EN TOLEDO EN TIEMPO DEL GRECO ¹

Por *Gregorio de Andrés*

El pujante y vivo interés que surgió en los medios culturales de Italia por la lengua y literatura griega en el siglo XV contagió tardíamente a España, en donde surge un movimiento helenístico de cierta importancia, aunque no alcanza la altura que tuvo en las ciudades de Florencia, Venecia, Roma, París y en los centros culturales de los Países Bajos; pero, salvando este nivel, es un capítulo del Renacimiento europeo que ha empezado ahora a estudiarse con interés en España y tuvo sus focos principales en Salamanca, Alcalá de Henares y Toledo. Vamos a reseñar este movimiento por la cultura griega en Toledo, que dura cerca de medio siglo, siendo su época de mayor esplendor alrededor del año de 1577, fecha en que llega a Toledo el genial pintor Dominicos Theotocópuli.

España había vivido, en el siglo XV, al margen de la corriente helenística que había conmocionado a Italia durante esta centuria, hasta que el Cardenal Jiménez de Cisneros funda en Alcalá, en 1510, una universidad con espíritu renacentista, al tiempo que proyecta dos empresas eminentemente culturales y estrechamente ligadas a la lengua griega: la *Biblia Políglota* llamada de Alcalá, que se realizó con pleno éxito, y el proyecto de editar las obras completas de Aristóteles con texto griego y versión latina anotada, que lamentablemente ni se llevó a término ni se editó, aunque quedaron materiales dispersos.

Estas empresas culturales tan ligadas con el griego atrajeron a Alcalá a especialistas en esta lengua, algunos de origen griego, como el cretense Demetrio Ducas y Nicetas Faustos, otros españoles, tales Hernán Núñez de Guzmán, formado en Italia como alumno del griego Joviano Peloponesio, como también los hermanos Juan y Francisco Vergara, tan estrechamente ligados por la amistad con Erasmo de Róterdam. Aquí, en Alcalá, está el foco del movimiento helenístico en Castilla, y en especial en Toledo, ciudad próxima a Alcalá, en cuya universidad estudiaron tantos ilustres toledanos.

Toledo, ciudad cosmopolita, gozaba de una prosperidad económica envidiable en esta época. Sus artes industriales, en especial las textiles, sedas y paños, eran una fuente de riqueza que se manifestaba en las artes suntuarias, como lo demuestra el denso movimiento constructivo, exteriorizado en iglesias, palacios, conventos, edificios civiles, etc., el cual propulsó a la vez reciamente a las artes decorativas, en especial la pintura, motivo por el cual vino a Toledo El Greco.

¹ Esta monografía fue leída como comunicación en el Congreso Internacional de Bizantinistas que desarrolló el tema: «Escrituras, libros y textos en el área provincial del Imperio Bizantino», celebrado en Erice (Sicilia) desde el 18 al 24 de septiembre de 1988.

Hay que tener presente que el grupo de helenistas toledanos, erudito y culto, que conocía la lengua, historia y literatura griegas, conectó pronto con este extranjero cretense, ya que Domínicos no era un inducto artesano, sino un artista cultivado, un intelectual, que había aprendido su arte principalmente por la práctica pero también por el estudio de las obras de Vitruvio, Vignola, Paladio, Serlio, etc., al tiempo que se había codeado, durante su estancia en Roma, con eruditos como Fulvio Orsini, Pedro Chacón, Julio Clovio, el Cardenal Alejandro Farnesio, etc.; además, según parece, llegó a escribir dos tratados sobre el arte de la pintura, hoy perdidos, aunque poseemos un comentario autógrafo a Vitruvio. Es curioso observar que mantiene con orgullo su origen cretense en los primeros cuadros que pinta en Toledo, con la palabra griega Κρής, el Cretense. Δομήνικος Θεοτοκόπουλος κρής έποίει, como firmó en el magnífico cuadro de S. Mauricio pintado para la Basílica del Escorial por encargo de Felipe II. Conforme se fue adaptando a la sociedad toledana, dejó de afirmar su nacimiento cretense, que aparece en sus primeras pinturas.

Hay que tener presente que cuando El Greco llega a Toledo, en 1577, encuentra muchos paisanos, unos asentados en la ciudad y otros de paso, que acudían para solventar sus problemas, especialmente ligados con la jurisdicción eclesiástica. Éstos pretenden ayuda económica para rescatar a parientes cautivos de los turcos, solicitando del arzobispado el *placet* para pedir limosnas. Según los documentos toledanos que hemos examinado procedían de las más diversas regiones de Grecia que, sin duda, encontraron ayuda económica y palabras de ánimo en el genial pintor.

Entre estos griegos transeúntes vemos algunos con apellidos ilustres como Dionisio Paleólogo, obispo de Ítaca; a un Miguel Rhally también Paleólogo, «descendiente de la genealogía del emperador de Constantinopla, estante al presente en esta ciudad de Toledo», según reza el documento; a un griego de Artá de nombre Estacio Icónomo, quien, al morir en Toledo, nombra albacea y testamentario al propio Domínicos en 1605. Por su dignidad, merece citarse al arzobispo armenio Thomás, quien porta una carta del patriarca de Constantinopla, Teolepto II, para que pueda recaudar limosnas en el año 1588. Interesante es el caso del monje basilio Fray Sabba, conventual de Santa María de Iberia en la Macedonia, quien da poder al griego residente en Toledo Demetrio Zuchi para pedir limosna a fin de rescatar seis monjes de dicho monasterio y recuperar los ornamentos que están en poder de los turcos. El propio Theotocópuli se trajo a Toledo a su hermano Manusso, que era recaudador de tributos en Creta, para vivir con él y llevar sus negocios. Un caso notable de esta protección del Greco a sus paisanos lo ofrece el caso de un ateniense, Demetrio Rizos Calcandil, que, acusado a la Inquisición por prácticas moriscas, se ofrece el propio Theotocópuli como traductor de las declaraciones en griego de su paisano, quien no sabía español; sin duda, fue reconfortado con la ayuda del Greco; al fin salió libre después de ocho meses que duró el proceso, en el cual estuvo presente nuestro pintor intérprete.

El principal foco de humanismo en Toledo se centraba en su vieja universidad de Santa Catalina, que fue reformada y modernizada a mediados del siglo XVI y se reavivó al recibir el empuje y savia renacentista de la recién fundada en Alcalá por el Cardenal Cisneros, el cual dio gran importancia a los estudios clásicos y en donde se formaron los futuros profesores de griego de Toledo, que aprendieron los principios de esta lengua bajo la férula del

cretense Demetrio Ducas, que había colaborado en Venecia al lado de Aldo Manucio en la edición de los *Rhetores Graeci* y los *Moralia* de Plutarco. Junto a Ducas, en Alcalá había un profesor español, Hernán Núñez de Guzmán, quien, docto en hebreo y árabe, dominaba el griego, que había aprendido en su juventud en Italia, bien que su más prolongada docencia durante treinta años fue en Salamanca, en donde se dedicó a la depuración de textos como el de Teócrito a base de un antiguo códice de su propiedad.

Estas auras renacentistas y este entusiasmo por las lenguas clásicas impulsan al claustro universitario toledano a crear una cátedra de griego a mediados del siglo XVI; la cual, según los Estatutos, queda dotada de un salario de 12.000 mrs. y, además, se establece un partido o curso preparatorio cuyo regente cobrará 7.500 mrs. Son dos toledanos precursores quien dan un eficaz impulso al estudio del griego, los ya citados hermanos Francisco y Juan de Vergara. El primero, profesor de griego en Alcalá desde 1521 a 1541, fue forjador de helenistas formados a través de sus doctas enseñanzas. No fue ésta sola la gloria de Francisco de Vergara, sino que editó textos griegos en Alcalá, como una antología para sus alumnos, una gramática griega, vertió al latín nueve homilias de S. Basilio y se empeñó en la traducción de la *Historia Etiópica* de Teágenes y Clariclea, colacionando su texto con un ms. de la Vaticana.

En cambio, su hermano Juan de Vergara, canónigo y secretario de los arzobispos de Toledo, colaborador en la *Políglota*, quien, como dijimos, recibió el encargo del Cardenal Cisneros de editar las obras de Aristóteles en griego con versión latina; y estaba tan familiarizado con las lenguas clásicas que admiraba al propio Erasmo cuando éste le escribía en 1522: «Créeme, Vergara... no sospechaba que estabas tan familiarizado con las musas de ambas literaturas.» Opinión que compartía Luis Vives, ya que le encomia por su gran pericia en el conocimiento del griego. Ejerció a veces el oficio de copista, ya que se conserva de su mano el *Enchiridion* de Epicteto así como las obras de Arquímedes, al par que formó una modesta colección de códices griegos. Pergeñamos las figuras de estos dos humanistas anteriores a la llegada del Greco a Toledo porque influyeron notablemente en este movimiento helenístico en su ciudad natal con la docencia y el contacto con doctos canónigos y profesores universitarios.

Uno de los más sobresalientes discípulos de los Vergara fue el toledano Alvar Gómez de Castro, quien conoció al Greco en Toledo, dada la estrecha amistad de Alvar con la familia Castilla, patrocinadores del pintor. Había estado anteriormente en Alcalá como profesor de griego desde 1539 a 1549, trasladándose a Toledo para ocupar la cátedra de retórica y griego en este año de 1549 hasta que murió en 1580.

Aunque la obra más importante de Gómez de Castro fue la vida del Cardenal Cisneros, que le ocupó una década, a la cual siguió la empresa, que le encargó Felipe II, de la edición completa de las obras de S. Isidoro de Sevilla, tuvo tiempo, no obstante, para transmitirnos en una docena de manuscritos sus versiones y comentarios a obras griegas, epigramas propios en esta lengua que muestran su dominio de la lengua y literatura helénicas.

A la muerte de Gómez de Castro, en 1580, sucedió en la cátedra de griego un buen helenista no español, originario de los Países Bajos, Andrés Schot, quien llegó a Toledo en 1579, dedicándose a la preparación de la edición de

las obras de S. Isidoro. Ganó la cátedra de griego tras una dura oposición en 1581. Schot aprovechó su corta estancia en Toledo para copiar textos latinos y griegos de códices españoles con vistas a futuras ediciones, ya que era un trabajador incansable. Así, editó la obra de Columela, *De situ orbis*; copió las *Graphyrae* de S. Cirilo; hizo transcribir los *Discursos* inéditos de Temistio según un viejo códice de Salamanca. A los cuatro años, 1584, Schot abandonó Toledo y retornó a su tierra en donde publicó numerosas obras griegas y latinas que le dieron tal fama que está considerado como uno de los más grandes humanistas de su época.

La cátedra griega que dejó vacante Schot fue ocupada por otro flamenco, amigo suyo, compañero de viaje y asociado a sus trabajos literarios, Pedro Pantino. Le fue otorgada la cátedra sin oposición. «Ha sido para mí un gran honor poseer esta cátedra de griego», según escribía a su paisano Enrique Cock, al tiempo que le pedía obras griegas de Jenofonte, Sófocles, Eurípides, Demóstenes y Homero para utilizarlas de texto en sus clases. Pantino estuvo desempeñando su profesión durante unos diez años hasta que en 1595 abandonó España en compañía del nuevo gobernador de los Países Bajos, el archiduque Alberto, instalándose en Bruselas, en donde editó algunas obras griegas que había copiado en Toledo, como las homilias del Damasceno, Crisóstomo y Germán de Constantinopla.

Desde entonces la cátedra toledana de griego sufre una franca decadencia, después de medio siglo que había sido ocupada por figuras eminentes, ya que fue proveída en profesores sin relevancia, que apenas conocemos, y a veces esta enseñanza se suprime por motivos económicos y falta de alumnos.

Otro capítulo interesante sobre el helenismo toledano es el referente a los copistas que trabajaron en Toledo en esta época para surtir de obras griegas con textos interesantes o inéditos a las colecciones de eruditos, profesores y helenistas, algunos de los cuales proyectaban editar estos textos, si no en su lengua original, al menos en versión latina. En la primera época vemos que algunos de estos humanistas copiaban textos griegos, como Juan de Vergara el *Enchiridión* de Epicteto, así también su primo, Alfonso de Cortona, la *Historias* de Herodiano en Toledo, en 1540, como la copia que hizo un copista anónimo, en 1548, del *Epitome Historiarum Romanarum* de Juan Xifilino.

Es en la primera época del Concilio de Trento cuando algunos de los obispos españoles asistentes, como sus asesores y teólogos, entusiasmados por la cultura y literatura griega, se entregaron a la tarea de adquirir manuscritos griegos ya por compra ya a través de copias. Así se formaron las colecciones del embajador en el Concilio Diego Hurtado de Mendoza, la del asesor Juan Páez de Castro, la del secretario Gonzalo Pérez, la del Cardenal de Burgos Francisco de Mendoza, etc.

Semejante operación se repite en la tercera época del Concilio, 1561 a 1563, afanándose los conciliares españoles por adquirir libros griegos de mano, como los obispos Martín Pérez de Ayala, Diego de Covarrubias y Antonio Agustín y sus asesores Francisco Torres, Antonio de Covarrubias, Benito Arias Montano, etc., aprovechando la eficaz cooperación de Andrés Darmarius, quien había instalado su taller de copia en Trento con una serie de colaboradores, como Nicolás Turrianós, Antonio Calosinás, Miguel Mirocefalites y otros anónimos.

Algunos de estos bibliófilos helenistas son toledanos como los dos hermanos Covarrubias, Diego y Antonio, hijos de un célebre arquitecto español, quienes adquirieron una serie de textos griegos interesantes para sus profesiones de teólogos y juristas. Al regreso a España de los Covarrubias les acompañaron algunos colegas del taller de Darmarius. Tal fue el motivo de ir a España el cretense Antonio Calosinás, quien se instala en Toledo dedicado a la transcripción de obras griegas durante unos treinta años, del cual conocemos hoy unas sesenta copias manuscritas, la mayor parte conservadas en El Escorial y Biblioteca Nacional de Madrid; aunque en sus orígenes fueron hechas para eruditos y bibliófilos toledanos, como los dos Covarrubias, Alvar Gómez de Castro, García de Loaisa y para los flamencos residentes en Toledo Andrés Schot y Pedro Pantino.

Invitado también por los Covarrubias vino a España el cretense Nicolás de la Torre, quien se instaló en Segovia, sede episcopal de Diego, en donde transcribió diversas obras para éste y su hermano Antonio. También gozó de la amistad de los influyentes Covarrubias el citado amanuense Darmarius, aunque no se instaló en España al tener fijo su taller y familia en Venecia, pero la recorrió en todas las direcciones, ofreciendo manuscritos griegos, la mayoría copias de su taller, a los helenistas españoles e incluso vendió un lote a Felipe II para El Escorial en 1571.

Es Toledo, uno de los mercados más surtidos de copias darmarianas, a veces bastante mediocres, que abundan en casi todas las colecciones que se formaron en esta ciudad y en esta época. Su falta de honestidad parece ser el motivo que le llevó a la cárcel en cierta ocasión, en donde data algunas de sus copias; o se ponen en guardia sus clientes, como en el caso de Andrés Schot, según escribe el flamenco Enrique Cock a Pedro Pantino en 1582: «Aquí (Madrid) ha llegado Andrés Darmar el Cretense (?), quien me asegura no haber sido posible entablar apenas ninguna relación amistosa con el Sr. Schot»; ya que éste aseguraba: «Nos rotulan las copias con títulos falsos y nos hacen perder el dinero y el trabajo».

La última vez que Darmarius aparece en España es en Toledo, en 1591, vendiendo un lote de manuscritos al Cabildo de la catedral, bien que anteriormente, entre los años 1576 a 1578, tiene copiados y datados varios manuscritos en Toledo, precisamente en los años que llega El Greco a la ciudad del Tajo para decorar la iglesia de Santo Domingo el Antiguo, en donde entablarían relaciones amistosas, al par de paisanos, como artistas el uno del pincel y el otro artesano de la pluma. Darmarius copió en esta ciudad los *Anales* de Georgio Frantzés y obras de los santos Cirilo y Atanasio. Hay otras copias hechas fuera de Toledo para helenistas de esta ciudad, según consta en las subscripciones.

Otra sección sobre el helenismo toledano toca a las colecciones de códices que se fueron formando en Toledo alrededor de la época del Greco, que es sorprendente por su cantidad, cuando a mediados del siglo XVI sólo conocemos una modesta colección que formó Juan de Vergara. Pero en las postrimerías del siglo XVI arribaron a Toledo unos 200 manuscritos griegos, aunque la mayor parte fueron copias de esta centuria.

La primera y más rica biblioteca fue la que poseyó Francisco de Mendoza en Roma hacia 1550, que se componía de unos 120 códices. A su muerte, en 1566, fue transportada a Toledo al pasar a la posesión de su hermano Fer-

nando de Mendoza, quien como canónigo residía en esta ciudad. El rey Felipe II tentó su compra para enriquecer la del Escorial, pero el intento no tuvo éxito. Al fin la compró, en 1588, otro canónigo toledano, más tarde arzobispo de esta ciudad, García de Loaisa, a la cual, añadidos los que antes éste poseía, alcanzó la cifra de 149 códices griegos.

Asentada la rica colección de Mendoza en Toledo, avivó las ansias de algunos helenistas por adquirir copias de estos textos, sobre todo los inéditos, con miras a una futura edición, al menos en versión latina. En consecuencia, se procuraron copias Gómez de Castro, Antonio de Covarrubias, García de Loaisa, el flamenco Felipe de Auxy, etc., valiéndose del amanuense Antonio de Calosinás.

Otra de las colecciones la formó el erudito y profesor de griego Gómez de Castro, cuyo núcleo lo constituía la de los hermanos Vergara; no fue nutrida, unos 15 códices, y se dispersó entre sus amigos a su muerte en 1580. Más importante fue la que poseyó el presidente del Consejo de Castilla, Diego de Covarrubias, unos 40 códices, con copias de Turrianós, Calosinás, Camilo Véneto, Darmarius y sus colaboradores. Su hermano Antonio, que fue rector de la Universidad de Toledo desde 1580 a 1602, llegó a reunir unos 40 códices también, procedentes de copias de escribas contemporáneos, como Juan de Vergara, Alfonso de Cortona, Calosinás, Turrianós, Darmarius y su taller. Encargó a Calosinás la copia de la Biblioteca de Focio probablemente con intención de verterla al latín y publicarla. Generoso con sus manuscritos, hizo obsequio a Justo Lipsio de las obras griegas de Onosandro y Herón para que las utilizase en la composición de su *Poliorcética*. Ante tal liberalidad, contesta Lipsio: «Ni la lengua ni la pluma pueden expresar lo que te debo por este regalo tuyo, oh gran luminaria de España.» La colección de Covarrubias terminó engrasando el fondo griego del Escorial a mediados del siglo XVII. Pero en la almoneda de sus libros que siguió a su muerte el pintor Dominicos Theotocópuli adquirió un ejemplar de las obras de Jenofonte, según consta en un ejemplar que se conserva en Toledo, en donde se lee en latín: «Habuit ex bibliotheca gentilis nostri Antonii Covarrubias viri clarissimi Dominicus Theotocopuli nostri temporis Apelles» (Lo adquirió en la biblioteca de nuestro ilustre Antonio de Covarrubias varón clarísimo, Dominico Theotocópuli el Apeles de nuestro tiempo).

En esta época que historiamos es cuando florece un nutrido grupo de intelectuales de corte humanístico como los historiadores Francisco de Pisa, los jesuitas Juan de Mariana y Jerónimo Román de la Higuera, el docto bibliotecario del cabildo Juan Bautista Pérez, el filólogo y matemático toledano Pedro Chacón, quien se trasladó a Roma para presidir la comisión para la corrección del calendario, en donde frecuentó las tertulias del Palacio Farnesio con Fulvio Orsini, los Cardenales Caraffa y Sirlito, Luis de Castilla y El Greco. Sin olvidar el ya citado Alvar Gómez de Castro, quien, a través de sus enseñanzas, despertó en muchos universitarios toledanos el entusiasmo por la cultura griega.

Pero quien ocupa el primer lugar por sus conocimientos de la lengua y la literatura griega fue Antonio de Covarrubias, de tan sólida formación en las lenguas clásicas que asombraba al propio Andrés Schot, al exclamar: «Bone Deus quanti viri. Didacum fratrem longe superavit οἷος πέπνυται» (¡Buen Dios, qué gran varón! Superó en sabiduría a su propio hermano Diego. ¡Qué hombre

más sabio!). En la misma opinión abundaba Justo Lipsio, según escribe a Pedro Pantino en 1596: «Qué decir de nuestro Covarrubias, aquel viejo digno de los tiempos de Homero... ¡Oh varón tan estimado por mí desde hace ya lustros a quien formó con sus propias manos la sesuda Minerva!» A estos elogios no debemos pasar por alto el que le tributó nuestro pintor El Greco cuando escribe en su comentario a Vitruvio: «...aquel Antonio de Covarrubias diría que es un milagro de la naturaleza en él, que no sólo vive la elocuencia y elegancia ciceroniana y el perfecto conocimiento de la lengua griega.» Lamentablemente Covarrubias apenas nos ha dejado frutos literarios de su ingenio. Hoy se han perdido unos comentarios sobre los ocho libros de la *Política* de Aristóteles.

Como complemento a este helenismo toledano cabe mencionar a aquellos que trabajaron sobre obras griegas, especialmente traducciones, como el bibliotecario del Cabildo Jerónimo Torres, quien estaba empeñado en verter al latín, con miras editoriales, las *Glaphyrae* de S. Cirilo, aunque, en la polémica que tuvo con Andrés Schot, éste le consideraba *graecarum litterarum omnino rudis* (muy indocto en lengua griega). También hay que citar al P. Juan de Mariana, que hizo una versión resumida del griego al latín de la *Bibliotheca* de Focio, tal vez presionado por Arias Montano, bien percatado de la importancia de esta obra de literatura griega, de la cual se habían hecho media docena de copias en estos años en España sin llegarse a verter al latín, hasta que por fin la editó en esta lengua Andrés Schot en 1606.

Una mención especial merece la figura del helenista sevillano Gonzalo Ponce de León, quien llegó a ser nombrado canónigo de Toledo y arcediano de Talavera (Toledo) en esta época. Su permanencia en Toledo no parece haber sido larga, ya que por la década de los ochenta se trasladó a Roma en donde fue nombrado cubiculario del Papa Gregorio XIII. Valiéndose de su sólida preparación filológica en griego, tradujo varias obras de hagiógrafos bizantinos, publicando en Roma, en 1587, las homilias de Teófanos, arzobispo de Nicea, en griego con versión latina, a base de un códice de la Vaticana. Más fama le dio la edición del *Physiologus* atribuido a S. Epifanio, también texto griego con traslación latina, ornamentado con bellos grabados, publicado en Roma en 1590, valiéndose de tres códices, uno del Cardenal Sirleto, otro procedente de Palermo y el tercero prestado por su amigo el toledano Jerónimo Torres.

Otro editor de un texto griego vertido al latín fue el flamenco Buenaventura Vulcanius, bibliotecario del Cardenal de Burgos, quien vino a Toledo como bibliotecario con la biblioteca de su patrono, en donde vertió al latín, a base de un códice de Mendoza, las obras de S. Cirilo: *Adversus Anthropomorphistas* y *De adoratione in spiritu et veritate*. Vulcanius se marchó de Toledo en 1571 para ocupar una cátedra de griego en Amberes, dejando a su muerte una rica colección de códices griegos formada en parte en España, que hoy se conservan en Leide. Las homilias de S. Cirilo salieron editadas en latín en Toledo, en 1576, con prólogo y adiciones de su amigo Jerónimo Torres.

Amigo y compatriota de Vulcanius fue el bibliófilo Felipe de Auxy, gentilhombre de la Cámara de Felipe II, muy relacionado con los eruditos españoles, quien compró, en 1571, un lote de 14 manuscritos griegos a Andrés Darmarius, más otros adquiridos en Toledo de la biblioteca del Cardenal de Burgos y de otras procedencias, como las obras de S. Cirilo copiadas en Roma por Nicolás Malaxós, la cual copia se la donó y dedicó Vulcanius antes de

su partida de Toledo a los Países Bajos llegó a formar una colección griega de la que se sentía orgulloso, como luego veremos.

Ahora llegamos a un punto en el que, sin duda, nos viene a todos la pregunta: ¿cómo habiendo tan excelentes helenistas, españoles y extranjeros, en Toledo y tanta cantidad de códices griegos que contenían obras inéditas no se llegó a producir los frutos que cabía esperar de ediciones, comentarios y traducciones al latín? La razón está en que en España en esta época era rara la imprenta que poseía tipos griegos. Ya Antonio Nebrija en su tiempo transcribía las palabras griegas con caracteres latinos. Los impresores no querían arriesgarse a imprimir en griego por las dificultades tipográficas y económicas. El proyecto de Felipe II de crear una gran imprenta en El Escorial fracasó en beneficio de Plantino en Amberes. El Cardenal Cisneros fue quien propulsó la creación de imprentas con tipos griegos en Alcalá, como la de Arnao Guillén de Brocar y la de Miguel Eguía, en donde, además de editarse la *Políglota*, se publicaron varias obras griegas. Pero este renacimiento tipográfico griego de principios del siglo XVI estaba en franca decadencia a finales de esta centuria. No conocemos ninguna obra en griego publicada en Toledo por esta época, tal vez algún epigrama laudatorio al frente de alguna obra latina o española.

Por este motivo, quien tenía oportunidad publicaba sus textos griegos en el extranjero, como hicieron Ponce de León en Roma, Vulcanius, Schot y Plantino en los Países Bajos. Algunos eruditos acudieron a Cristóbal Plantino, en Amberes, para suplir esta necesidad. Así, el ya citado Felipe de Auxy le escribe en 1571 enviándole la lista de sus códices griegos y ofreciéndole la publicación de lo inédito. A lo que Plantino responde que prefiere editar obras griegas ya publicadas pero mejoradas y corregidas por doctos humanistas como los hermanos Covarrubias. Con el mismo propósito escribió en 1587 al tipógrafo Plantino el canónigo toledano García de Loaisa ofreciéndole textos griegos de su biblioteca preparados para su edición por Antonio de Covarrubias; a lo cual contesta Plantino que tan sólo admitiría obras cortas en griego como el *De providentia* de Sinesio de Cirene.

Terminamos esta rápida exposición del movimiento helenístico en Toledo durante la permanencia de El Greco, quien vivió en la ciudad del Tajo veinticuatro años, desde 1577 a 1614, año éste en que ya habían desaparecido casi todas las grandes figuras del renacimiento helenístico toledano, con los cuales Domínico tuvo estrechas relaciones amistosas, en especial con Antonio de Covarrubias, a quien retrató en un maravilloso cuadro, además de haberlo representado en una de las figuras de la prodigiosa pintura del «Enterramiento del Conde de Orgaz».

El Greco muere asistido por dos profesores de griego, compatriotas, a los que nombra testigos en un poder para testar. Uno es Constantino Sofias, natural de Esmirna, alumno del Colegio Romano de Roma y profesor de griego en Madrid. El otro es Diógenes Paranomaris, natural de Leontari, en el Peloponeso, más tarde (1617) profesor de griego en Salamanca. El Greco dejó su biblioteca a su hijo Jorge Manuel, en la que abundan, además de los clásicos tratados de Arquitectura, ediciones en griego de Jenofonte, Demóstenes, Isócrates, Platón, Plutarco, Eurípides, etc., hasta 27 volúmenes de autores griegos de la época clásica, en cuya lectura se delectaría en sus horas libres el genial pintor.

Domínicos Theotocópuli ofrendó a Toledo, su patria adoptiva, bellas, refinadas y elegantes pinturas a las que envuelve un halo de su primitivo estilo bizantino de iconos que aprendió en su juventud en Creta, culminando su existencia con tal fama que hoy se le llama El Greco, es decir, el Griego por excelencia.

